CANTO DECIMOPRIMERO

El magnifico doctor santo Tomás deshace algunas dudas que ha observado en el espiritu del poeta.—Despues canta la seráfica vida de san Francisco de Asis.

r insensata imaginacion de los mortales! ¡Qué torcidos son tus raciocinios, que te hacen inclinar el vuelo hasta besar la tierra con tus alas! Unos dedicados al derecho, otros á los preceptos de la medicina; quien al sacerdocio, quien reinaba á merced de la fuerza y los sofismas; unos hurtaban, otros se dedicaban á los negocios públicos; muchos enervaban sus fuerzas en los placeres carnales, y otros se daban á la ociosidad, en tanto que yo, libre de todo esto, había ascendido al Cielo con Beatriz, donde se me deparaba una acogida tan gloriosa.

Al volver cada una de las almas al sitio en que antes se hallara, paró como la vela en su candelero, y oí en el resplandor que hablara antes (1) una voz que dijo estas palabras, siendo cada vez más dulce y pura:

«Como yo me ilumino en la eterna luz, así al notar tus pensamientos en el divino resplandor, conozco las causas de donde vienen.

»Dudas, y anhelas que mi voz use de palabras tan claras, que pongan al alcance de tu inteligencia las otras frases que proferi: Camino en que uno se fortifica; y las de: No se elevo otro alguno. Mas es necesario distinguirlo bien.

»La Providencia, que rige el mundo con la ciencia que confunde la humana mirada que se proponga penetrarla, y que para llevar á su Bien Amado (2) la esposa del que, arrojando un grito á lo alto, se unió á ella con su bendita sangre para traérsela más confiada en sí propia y más fiel, la Providencia dispuso en su favor dos principios para que la guiasen, la cari-

o en su lavor dos principios para que la guiasen, la cari-

dad y la sabiduria; uno de ellos por su ardor, fué seráfico (1); el otro por su saber, fué en la tierra aureola de luz de los querubines (2).

»Hablaré de uno sólo, y será cual si hablase de ambos, pues que todas sus obras se encaminaron al mismo fin.

»Entre el Tupino y la corriente que baja de la colina que escogiera por vivienda el bienaventurado Ubaldo, hay una fértil costa dependiente del alto monte, que indica á Perusa el calor ó frio por la puerta del Sol (3), en tanto que detrás del monte gimen en pesado yugo Nocera y Gualdo.

»De dicha costa, donde su corriente es más pausada, vino al mundo un sol, parecido al nuestro, que frecuentemente parece salir del Ganges.

»Que los que desean hablar sobre aquel lugar no lo nombren Asís, por la pobreza de esta sola palabra, que le llamen Oriente, si quieren darle su verdadero nombre.

»Antes de que se alzara aquel sol, principiaba ya á sentirse en la tierra un efecto saludable de su inmensa virtud, porque desde niño estuvo en guerra con su padre por adorar á aquella mujer (4) á quien como à la peste nadie abre sus puertas gustoso.

»Con ella se unió á presencia de su corte espiritual, y la amó más tiernamente cada dia. Ella, viuda de su primitivo esposo (5), hacia mil y cien años, despreciada y oscurecida, no se le había presentado ningun otro marido.

»No le sirvió de nada que el que fué espanto del mundo, sólo á ella la halló sin miedo al primer llamamiento, junto á su caro Amyclas (6); tampoco le sirvió de nada el ser consecuente y atrevida hasta el caso de que, mientras María estaba al pié de la cruz, se subiese á ella con el Cristo.

»Más claro, Francisco y la Pobreza son los amantes que deben verse desde ahora en mis palabras un tanto confusas.

»Su paz y sus rostros radiantes de júbilo, su amor, su asombro, sus miradas dulces, eran causa para otro de ideas santas: mientras que el piadoso Bernardo fué el primero en descal-

⁽⁴⁾ Santo Tomás de Aquino.

⁽²⁾ La Iglesia, esposa de Jesucristo.

⁽¹⁾ San Francisco.

⁽²⁾ Santo Domingo.

⁽³⁾ La Puerta Perusa, que lleva à Asís.

⁽⁴⁾ La Pobreza.

⁽⁵⁾ Cristo

⁽⁶⁾ El pescador que pasó à César en su barca de Epiro à Italia.

zarse para volar en pos de semejante premio, pareciéndole lenta su veloz carrera.

»¡Oh extraña riqueza! ¡Oh verdadero bien! Edigio se descalzó, lo mismo que Silvestre, en seguimiento del Esposo por el entusiasmo con que amaban á la esposa.

»Desde aquel instante aquel maestro y padre se fué con su Señora (1), y con la familia que ya anudaba el humilde cordon.

»Y no fué la cobardía la que le hizo bajar la vista, por ser hijo de Bernardone (2), ni la que le precisó à presentarse tan ostensiblemente despreciable, puesto que manifestó reglamente á Inocencio su austera regla, recibiendo la primera aprobacion para su orden.

»Luego de haber crecido la pobre grey de aquel pastor, cuya preciosa vida seria mejor contada entre las glorias celestiales, el Espíritu Eterno, valiéndose de Honorio, hermoseó con una segunda corona la voluntad santa de archimandrita. Y cuando por el deseo del martirio predicó ante el soldán altivo à Cristo y los que le siguieron, como notase rebeldes à convertirse á aquellos pueblos, por hacer algo, se fué á recoger el fruto de sus semillas á Italia.

»En una roca escarpada que reside entre el Tíber y el Arno, recibió las postreras llagas del Cristo que conservaron sus miembros por espacio de dos años.

»Así que le plugo al que le escogiera para obrar un bien tan marcado, elevarlo al galardon á que era acreedor por haberse humillado tanto, encomendó á sus hermanos, como herederos directos, su querida Señora, ordenándoles que la amaran con fidelidad.

»Aquella bellísima alma se desprendió á la sazon de su cubierta mortal para regresar á su reino, y no eligió otro féretro para su cuerpo que la pobreza.

»Piensa ahora quién fué el digno colega de Francisco, comisionado para conservar en alta mar la barquilla de Pedro, y encaminarla hácia su idea.

»Fué nuestro Patriarca (3); por lo que observarás que el

que sigue ciegamente los preceptos de Domingo, acopia magnificas mercancias.

»Sin embargo, su grev ha estado tan anhelante de nuevo alimento, que no pueden satisfacerla otros diferentes pastos; v cuanto más se alejan de él las vagabundas ovejas, tienen menos leche al regresar al corral.

»Muchas de ellas, temiendo el riesgo, se agrupan al rededor del pastor, mas es su número tan ínfimo, que de poco paño se les puede fabricar el vestido.

»Ahora, si mis palabras no son oscuras, si has atendido con atencion y si tu espíritu conserva lo que dije, debe estar algun tanto satisfecho tu deseo, pues que viste donde puede podarse el arbusto, y habrás entendido la restriccion de mi razonamiento precedente, al decir: En el que uno se fortifica si no se extravia.»

CANTO DECIMOSEGUNDO

Despues que habló santo Tomás, la corona de las luminosas almas giró de nuevo, reapareciendo otra corona mayor, formada de bienaventurados.—Entre ellos estaba Buenaventura.



n cuanto la bienaventurada llama (1) acabó de pronunciar aquellas frases, principió á girar la rueda santa, y antes de terminar la primera vuelta, lo encerró otra esfera en un círculo, regularizando los movimientos y los cantos.

Estos aventajaban en armonía á los de nuestras musas y sirenas, como aventaja la luz directa á la reflejada.

Como se ve á dos arcos paralelos del propio color encorvarse sobre la nubecilla, al enviar Juno su mensajero, y que el externo nace del interno (asemejándose á la vez á la errante ninfa que consumió el amor como el sol consume los vapores, (2) como se ve, repito, encorbarse las dos arcas que son

⁽¹⁾ La Pobreza.

⁽²⁾ Tratante en lanas. San Francisco nació en Asís en 1182. Se le llamo Francisco, por lo bien que poseia el francés, idioma del que se servian los comerciantes fialianos.

⁽³⁾ Santo Domingo.

⁽⁴⁾ Santo Tomás.

⁽²⁾ El Eco.

presagio para el hombre, por motivo de la alianza que efectuó Dios con Noé, de que jamás sufriria el diluvio, así giraban en torno nuestro las dos guirnaldas de eternas rosas, dependiendo la externa de la interna.

Así que el baile y aquella gran fiesta de cantos y llamas, mezcladas entre sí por tantas luces regocijadas y tiernas, pasaron juntas y unánimes, pareciéndose á los ojos que á un tiempo se abren y cierran, sumisos á la voluntad que los agita, brotó de entre el coro de nuevas luces una voz, que al volverme hácia el sitio de donde partia (1), produjo en mi el efecto que á la aguja la atraccion polar.

Habló de esta manera: «El amor, á quien debo mi belleza, me induce á tratar del otro capitan, por cuyo motivo se ha hablado de mí con tal favor.

»Es justo que donde esté uno de ellos, aparezca el otro; ya que militaron por la propia causa, su gloria debe brillar á un tiempo mismo.

»El ejército de Cristo, que tanto costó de armar nuevamente, iba en pos de su enseña, tímido, pausado y poco numeroso, cuando los riesgos de aquella milicia alarmaron al perpétuo Emperador, no porque la cohorte lo mereciera, sino por efecto de su gracia, mandó, como se ha dicho, en socorro de su esposa dos campeones, á cuya actitud y palabra replegóse el extraviado pueblo.

»En aquel lugar del orbe (2), donde sopla el benéfico céfiro para abrir las nuevas hojas con que se engalana Europa, y no distante el ruido de las olas, tras las que en su prolongada fugas e esconde el Sol algunas veces para todos les vivientes, se halla la dichosa Callaroga (3), protegida por el grande escudo en que vence el leon, y es vencido á su vez (4).

»Aquel paraje fué la cuna del rendido amante de la fe cristiana, del atleta santo, tan bueno para los suyos como terrible para sus adversarios, y cuya alma, al ser creada, tuvo tan gran virtud, que en el seno de su madre le inspiró el don de la profecía.

»Celebrados los esponsales entre la fe y él en la pila sacro-

santa, en los que se dotaron de mútua salud, la Señora que asistió por él vió durmiendo al admirable fruto que debia provenir de él y de sus sucesores; y para hacer más ostensible lo que era, descendió un espíritu para darle el nombre del que le poseia por completo. Se lo nombró Domingo, y habló de él cual del labrador que escogiera el Cristo para ayudarle á cuidar de sus viñas.

»Pareció bien á todos por el enviado y familiar del Cristo, pues su primer amor fué per el primitivo consejo que el Cristo diera.

»Infinitas veces su nodriza lo halló despierto y arrodillado, cual si dijera en su siliencio: «Vine á este fin.»

»¡Oh dichosos vosotros! tú, padre suyo, justamente llamado Félix, y tú, su madre, llamada Juana, á ser verídica la etimología de vuestros nombres (1).

»El no fué de este mundo, en el que se siguen afanosamente las lecciones de Ostia y Tadee, porque no pensó más que en el amor al verdadero maná (2), debido á lo cual en corto tiempo fué un insigne doctor. Entonces principió á cultivar la viña que tan pronto pierde sú verdura si no cumple su deber el encargado de su cultivo.

»Y dirigiéndose hácia esa sede, en la que fuera antes el pobre más socorrido (falta que no achaco à la Santa Sede, y sí al que ocupándola la denigra) (3), no exigió dispensas para poder dar dos ó tres por seis, tampoco pidió el primer desocupado beneficio; non decimas que sunt pauperum Dei, sino la licencia para combatir herejes, para aquella simiente de la que nacieron las veinticuatro plantas que se alzan en torno tuyo (4).

»Despues con su doctrina y voluntad juntas, ingresó en su apostólico oficio cual torrente desprendido de un alto manantial, combatiendo con más fuerza los retoños heréticos, allí donde la resistencia era mayor.

»No tardaron en salir de él algunos arroyos que fecundizaron el católico jardin, dando nueva vida á sus plantas,

⁽¹⁾ San Buenaventura.

⁽²⁾ España

⁽³⁾ Hoy Calaborra, donde nació santo Domingo en 1170.

⁽¹⁾ Armas de Castilla.

⁽l) Feliz ó dichoso. Juana en hebreo significa favorecida de la gracia.

⁽²⁾ El cardenal Ostiense, o de Ostia, que escribio sobre las Decretales, Tadeo médico florentino.

⁽³⁾ Bonifacio VIII.

⁽⁴⁾ Los veinticuato bienaventurados.

»Si una rueda del carro en que se defendió la Iglesia y derrotó á los enemigos, fué así, con facilidad observarás la excelencia de la otra rueda (1), de que te habló santo Tómás antes de mi llegada.

»Mas los surcos que abriera la parte superior de su circunferencia han sido abandonados; de suerte, que donde estaba el bien, está, hoy el mal.

»La familia que iba siguiendo fielmente las huellas de Francisco, se ha desviado de tal modo en su marcha, que hoy pone la punta del pié donde antes sentara el talon. Bien pronto se verá la miés emanada del mal cautivo, si la zizaña se queja de que no se la lleve al granero.

»Es posible que hojeando todas las hojas de nuestro libro, todavía podria hallarse una página que dijese: «Soy tal cual fuí.» Mas no seria ni de Casala ni de Aquasparta, de donde vinieron dos hombres, que el uno afloja y tira el otro exageradamente de la regla.

»De mi sabré decir que soy la vida de Buenaventura y de Bagnoregio; en los grandiosos oficios en que me educaron, prescindi siempre de los afanes temporales. Iluminato y Agustin se hallan aqui (2); ellos han sido los primeros que entre los pobres descalzos que llevan el cordon se hicieron amigos de Dios.

»Está aquí con ellos Hugo de San Victor (3), como tambien Pedro Mangiadore (4) y Pedro el Español, que luce en la tierra por sus doce libros. Lo mismo que el profeta Nathan y el metropolitano Crisóstomo (5), y aquel Donato (6), que tuvo la bondad de emprender el primer arte; sigue luego Raban, y á mi lado luce Joaquin, abad de Calabria, adornado del profético espíritu.

»Me ha sido necesario alabar á aquel héroe de la Iglesia; tan conmovido me hallaba por la simpatía ardiente y suave acento de fray Tomás, que como á mí, conmueve á esta cohorte entera.

(1) San Francisco de Asis

(2) Religioses de San Francisco.

(3) Prior de San Victor, que felleció en el año 4142

(4) Ó Comestor, historiador eclesiastico, nacido en Lombardía.

(5) Arzobispo de Constantinopla,

(6) Gramatico que enseñó a San Gerónimo.

CANTO DÉCIMOTERCERO

Cuenta á Dante la vida de Santo Domingo, y le indica que se encuentran en el Sol.—Este canto está dedicado á la gloria de la vida religiosa.—Describe el poeta las brillantes coronas, danzas y conciertos. Despues ruega á santo Tomás le explique el sentido de algunas especies contenidas en el canto décimo.—El sábio rey Salomon revela una verdad al poeta.

UIEN desee comprender bien lo que entonces ví, que conserve aquella imágen, en tanto hablo, con la fijeza de una roca. Quince estrellas irradiaban con tal fulgor algunos puntos del Cielo, que atravesaban el aire más espeso: figúrense el carro para el que el espacio del Cielo es asaz extenso, á fin de que de dia y de noche pueda volver el timon sin desaparecer. Figurense la boca de aquel cuerno, que principia en el pico del eje en torno del cual gira la esfera primera; figúrense que aquellas estrellas, al juntarse, describieron en el Cielo dos signos idénticos al que formara la hija de Minos al sentir el frio mortal (1). Despues, que uno de aquellos signos mezcla sus rayos con otro, que los dos giran de suerte que van en opuesto sentido, y tendrán una ligera idea de la verídica constelacion y de la doble danza que tenia lugar al rededor mio, ó del punto en que me hallaba. Es tan superior lo que vi á lo que comunmente alcanzamos, como el movimiento celeste, que supera en velocidad á todos los demás, sobrepujado al movimiento del Chiana (2).

Se ensalzaba allí, no á Baco ni á Peana, sino á tres personas de divina naturaleza, y en una persona sola se reunia la naturaleza divina con la humana.

Los cánticos y las danzas pararon, y los santos resplandores giraron hácia nosotros, regocijándose de pasar del uno al otro lado.

⁽¹⁾ Se refiere à la corona de Ariana, colocada por Baco entre las constelaciones (Ovidio)

⁽²⁾ Rio de Toscana.

Despues, cesando el silencio que reinaba por disposicion de aquellos dioses, la luz, por la que me fuera referida la historia del Dios pobre (1), me observó:

«Ya que queda trillado parte del grano (2) y se halla reunido en su granero, el grato amor me invita á trillar lo restante.

»Te figuras tal vez que en el costado del que fué extraida la costilla para crear la hermosa boca, cuyo paladar tan caro fué para el mundo (3), y que aquel costado (4) que atravesó una lanza, por lo que de tal suerte satisfizo la justicia de Dios, que hizo esta inclinar la balanza hácia el punto de sus méritos, sin embargo del enorme peso de nuestras faltas, fué extendida á igual luz á la que se concediera á la humana naturaleza, por la gran virtud que hizo al uno y al otro.

»De manera que te sorprende cuanto he dicho, al manifestarte que el bienaventurado que encierra la esfera quinta no tiene segundo.

»Penetra mi respuesta, y advertirás que tu idea y mis palabras son, respecto á la verdad, lo que el centro respecto á todos los lugares del círculo.

»Lo que no perece y lo que puede perecer, se debe considerar como un esplendor de aquel objeto que Nuestro Señor engendra amando; pues aquella luz viva (5), que emana del radiante Poder, sin desprenderse de él más que el Amor, cuya relacion hace su trinidad, concentra por sus rayos por efecto de bondad en nueve esferas, como en un solo espejo, estando así unida eternamente.

»De allí desciende hasta los últimos poderes, aminorando su fuerza por grados, de suerte, que concluye por crear séres insignificantes. Esos séres son, á mi juicio, las cosas engendradas que el Cielo en su agitacion produce con ó sin gérmen.

»La materia de estos séres y la causa de donde vienen, pueden obrar de diferentes maneras, y sea cual fuere la forma peculiar de cada uno, siempre se destaca en él más ó menos la divina intencion; por lo que se ve que un mismo árbol da, con arreglo à su especie, frutos malos y buenos, y vosotros naceis con buenas ó malas inclinaciones.

»Si estuviera la materia dispuesta del todo y el Cielo en

»Si estuviera la materia dispuesta del todo y el Cielo en toda su suprema virtud, se destacaria la belleza ideal más acabada; pero la naturaleza da siempre una forma imperfecta, asemejándose en sus obras al artista que entiende el arte, pero cuya mano es insegura,

»De suerte, que si el amor ardiente predispone y hace descender los rayos de la primitiva virtud, conseguimos la perfeccion en este punto. Por lo que un dia fué creada la tierra de una manera digna de toda perfeccion animal, y por lo que la Vírgen concibió con pureza.

»Mientras apruebo tu opinion, cuanto que nunca la naturaleza humana fué ni será lo que pudo ser en estas dos personas. Si no prosiguiera, tú exclamarias ahora: «¿Cómo llegó ese á ser mi igual. (1)?»

»Mas para que entiendas lo que parece incomprensible, calcula quién era y la causa que le movió á pecar al decirle: «Pide.»

»No me he expresado de modo que no pudieses ver claro que aquel hombre fué un rey que pidió sabiduría para ser rey bueno.

»No trato de saber el número de las celestes naturalezas, ni si lo preciso con lo contingente dan lo necesario, ó bien si est dare primum motum esse; ó si en un semicírculo se puede colocar un triángulo sin ángulo recto.

»Habiendo entendido bien lo que dije, y aun esto, verás que la sabiduría real es la ciencia sin par, á la que me referia. Y si fijas tu atencion además en las palabras se elevó, verás que sólo pueden aludir á los reyes; sin embargo, de tantos reyes, pocos fueron los buenos.

»Pesa la distincion que te hago de mis palabras, y podrás conservar tu creencia para el primitivo padre nuestro muy querido (2); que todo esto sea un contrapeso para tus piés, para que te haga mover con lentitud como hombre rendido, hácia el sí y el nó que te es imposible ver.

»Necio entre los necios es el que, sin distinguir, niega ó

⁽¹⁾ Santo Tomás, quien refirió la vida de san Francisco.

⁽²⁾ Ya que tu primera duda está deshecha.

⁽³⁾ Eva.

⁽⁴⁾ Costado de Cristo.

⁵⁾ El Verbo.

⁽¹⁾ Salomon.

⁽²⁾ Cristo.

afirma lo que hace extraviar la opinion general, pues que nuestra mente se ofusca por las pasiones.

»Inútil es que se aparte de la orilla, porque jamás regresa à ella como antes el que corre en busca de la verdad, sin estar seguro de su carrera. Irrevocables pruebas son Parmenides, Brisso y otros muchos que no sabian donde caminaban.

»Del propio modo obraron Sabellino y Arrio, y los otros insensatos que fueron otros tantos áspides para las Escrituras, en los que al mirarse los rectos rostros, parecian torcidos.

»No pueden los hombres atreverse á juzgar, como lo suele hacer el dueño de un campo de trigo antes de que llegue á sazon; pues he visto al mustio zarzal, seco en el invierno, lucir despues preciosas rosas, y buques que despues de feliz y tranquila travesía, han naufragado á la entrada del puerto.

»Aunque Monna, Berta y miser Martino (1) vieran volar y hacer ofrendas, no se figuren verlo como se ve en el divino consejo, porque puede caer el uno y levantarse el otro.»

CANTO DECIMOCUARTO

Asciende el poeta con Beatriz al cielo quinto ó de Marte.— Resplandeciente luz en la que está Jesucristo con las almas de los bienaventurados que combalieron por la fe.—Armonia celestial.

omo el agua que contiene un vaso redondo, va desde el centro á la circunferencia y de ésta al centro (2), segun el movimiento que le da impulso de la parte exterior ó interior. Así estaba mi espíritu tan luego como la gloriosa alma de Tomás acabó de hablar, por el parecido que habia entre sus palabras y las de Beatriz, á que plugo decir despues de Tomás:

«Este, por más que no lo demuestre con la voz ni con el pensamiento, necesita ver la raíz de otra verdad.

(4) Berta y Martino, nombres de personas ignorantes.

»Indicadle si la luz que adorna vuestra sustancia subsistirá eternamente en vos, como se halla ahora; y de ser así, decidle lo que pasará luego que volvais à ser visibles (1), para que no los perjudique la vista.»

Como una explosion, ó un arranque de alegría agita y arrastra en un baile á los bailarines más bulliciosos, que alzan la voz y exageran sus gestos, así los sacrosantos circulos significaron más ardor en sus bailes é himnos magníficos al oir el expresivo ruego que se les hacia.

El que se queja de que tenga que morir aqui abajo para morar en lo alto, no ha visto la divina frescura de la lluvia eterna.

El uno, dos y tres, que vive é impera siempre entre tres, dos y uno, y que sin circunscribirse lo circunscribe todo (2), fué tres veces cantado por cada espíritu con tal armonía, que oirla seria suficiente galardon á todo mérito.

Entonces percibí en la más brillante luz del más pequeño círculo una modesta voz como debió ser la del Angel à María, que dijo (3):

«Todo el interregno que dure la festividad del Paraíso, lucirá el amor nuestro alrededor de esta vestidura.

»Su reflejo es idéntico á la llama de nuestro amor (4); este ardor viene de nuestras celestiales visiones, que serán tanto más altas, cuanto sea mayor la parte que, á más de sus propios méritos, tenga el alma en gracia.

»Al vestir la gloriosa y santa carne, será nuestra persona más fácil de conocer. Entonces crecerá la gratuita luz que nos regala el Supremo Bien, luz que nos consiente verla; tambien entonces aumentará nuestra vision santa, en el ardor que en ella se inflama, y el rayo que se desprende de su ardor.

»Así como el carbon que produce llama, sobrepuja à ésta en deslumbradora belleza, de suerte que aparece en el centro de ella, así este resplandor que nos cerca quedará vencido por el de la carne que todavía cubre la tierra.

⁽²⁾ Al hablar Tomas. Dante parecia colo ado en el centro de un vaso de agua agita la, y al hablarle Beatriz, en la circunferencia de dicho círculo.

⁽¹⁾ Luego de la Resurreccion.

⁽²⁾ La Trinidad.

⁽³⁾ La modesta voz, segun Landino, es la de Pedro Lombardo; otres autores dicen que era la de Salomon.

⁽¹⁾ Cuanto más sabemos, amamos más; y cuanto amamos más, mayor es la luz que nos rodea.

»De manera, que ni podrá cansarnos aquel gran resplandor, pues los órganos corporales serán suficientes á cuanto pueda labrar nuestra delicia.»

Me parecieron los coros tan ligeros en decir amen, que pusieron de relieve su deseo de revestir sus mortales cuerpos, sin que acaso fuera por ellos, y sí por sus madres, padres o séres que les fueran amados antes de ser llamas eternales.

Cuando hé aquí que alrededor de aquellos resplandores emana y se añade una claridad idéntica á la de un luminoso horizonte, y tal como anochecido principian á entreverse en el Cielo nuevos resplandores que parecen ser y no ser, así creí ver nuevas sustancias que describian un

circulo fuera de las dos circunferencias.

¡Ah verídico reflejo del Santo Espiritu! ¡Qué brillante lo contemplaron mis deslumbrados ojos, que les fué imposible resistirle!

Mas Beatriz se me mostró tan placentera, que aquella vision quedará entre las que mi memoria no pudo retener.

A pesar de ello, mis ojos alcanzarán la fuerza precisa para alzarse, y me contemplé transportado con mi Señora al cielo de una más grande salvacion (1).

Luego observé que me encontraba à mayor altura, gracias à la sonrisa encendida de la estrella, que hubo de parecerme más viva que antes.

Con toda mi alma, y con el acento propio á cualquiera, efrecí á Dios el tributo de mi gratitud, debida á aquella nueva gracia, y todavía no se habia apagado en mi corazon la llama

(1) Fué transportado à un más elevado cielo, por lo que se acercó más à Dios, que es la verdadera salvacion.

del sacrificio, al percibirle aceptado y gustoso, porque se me presentaron tan deslumbrantes resplandores encarnados en dos rayos, que exclamé: «¡Oh Helios (1), cómo los embelleces!»

Como Galaxia (2), que esmaltada de luces grandes y pequeñas, describe entre los polos del mundo una línea clarísima que hace dudar á los más sabios, dibujaban aquellos rayos constelados en las profundidades de Marte el signo verídico (3) que forma en el circulo la reunion de los cuadrantes.

La memoria vence aqui al talento, pues en aquella resplandecia *Cristo*, y seria en vano que buscase una comparacion digna.

Mas el que toma la cruz y va en pos del *Cristo*, me perdonará lo que omito aquí, al contemplar un dia en aquel árbol el resplandor del *Cristo*.

Desde el uno al otro lado de la cruz y entre la parte superior y la base se agitaban dos luces brillando con más fulgor al unirse y pasar á otro punto, como se ven en la tierra volar los átomos en curva ó recta línea, pesados ó ligeros, variando contínuamente de aspecto, y removiéndose en el rayo que frecuentemente entran en la sombra, que el hombre en su cuidado reserva contra el calor.

Y como el laud ó el arpa que con sus muchas cuerdas producen una suave melodía, hasta para el más profano en las notas, aquellas luces principiaron sobre la cruz una armonia que embelesaba mis sentidos, sin embargo de no entender sus estrofas.

Comprendi que encerraban altas alabanzas, pues decian: «¡Resucita y vence!» Mas me sucedió entonces lo que al que oye sin entender.

De tal suerte me hallaba arrobado, que hasta entonces nada me habia dominado tan dulcemente.

Tal vez estas palabras se tengan por demasiado atrevidas, por tener en menos que aquella dicha la de contemplar los preciosos ojos en los que cifro mi anhelo.

Mas ella no ignora que las impresiones de todas las bellezas son más vivas cuanto más se eleva quien las siente, y que yo no mé habia vuelto hácia ella; me podrá perdonar aquello

⁽¹⁾ El Sol.

⁽²⁾ Por la Via lactea.

⁽³⁾ La Cruz.

de que me acuso para excusarme, al notar mi veracidad, pues el placer sacrosanto que emana de aquella mirada, no puede explicarse, puesto que resulta más puro cuanto más nos elevamos.

CANTO DÉCIMOQUINTO

Cacciaguida, talarabuelo de Dante, lo acoge tiernamente.—Explicale la genealogia de los Alighieri.—Despues habla de las antiguas costumbres de Florencia.—Acaba por decirle que, combatiendo á los turcos, murió por la fe de Cristo.

A bendita voluntad por la que se manifiesta el amor cuya idea es sana, como por la concupiscencia se manifiesta la voluntad nefanda, hizo callar aquella suave lira y reposar las santas cuerdas (1) que vibran à voluntad de la mano celestial.

¿Podrán ensordecer á las súplicas justas, las sustancias que para inspirarme el deseo de dirigirles yo una, guardaron acorde silencio?

Es justo que se queje el que por amar cosas perecederas se deshace de aquel otro amor.

Como la viva chispa que recorre un reposado y puro cielo y se lleva nuestras, hasta entonces, indiferentes miradas, asimilando á una estrella que cambia de sitio y que de la parte en que brota y dura poco, no se extingue claridad alguna, noté yo del extremo derecho al fin de la cruz volar un astro (2) de la constelacion brillante en aquel cielo.

En vez de soltarse el diamante, recorrió la luminosa línea, asemejando un fuego tras del alabastro.

No apareció la sombra de Anquises con menos piedad (si hemos de dar crédito à nuestra primera musa) al percibir à su hijo en los Elíseos Campos.

De suerte que puse en ella toda mi atención, y volviendo la

vista hácia mi Señora, entre las dos me quedé asombrado. En sus ojos brillaba tal sonrisa, que creí ver por los mios el fondo de mi gracia y Paraíso.

Despues, aquel espíritu que me inspiraba tal dulzura añadió á sus primeras frases cosas que no entendi; tanta era la divinidad con que se expresaba, no porque tuvieran intención de ocultarmelas, sino porque tenia que hacerlo precisamente, por ser superior su concepcion á la inteligencia humana.

A pesar de esto, en cuanto su afecto ardiente se extendió suficientemente para que su voz descendiese hasta los límites de nuestra comprension, hé aquí lo que primero pude oir: «¡Trino y uno, bendito seas, que tan benéfico te muestras á mi sangre!»

Luego añadió: «El grato y dilatado deseo que hizo brotar en mí la lectura del inmenso libro, en el que jamás cambian lo negro y lo blanco, fué calmado por tí, hijo mio, enmedio de la luz que te dirijo la palabra; le doy gracias rendidas á la que te procuró alas para volar á estas alturas.

»Te figuras que viene hasta mi tu idea por medio del que es primero, como de la conocida unidad vienen el cinco y el seis; por lo que no me preguntas quién soy, ni por qué me he fijado en ti más regocijado que cualquiera otro de esta alegre cohorte.

»Te figuras lo que es; pues en esta vida así los pequeños como los grandes, miran el espejo en el que antes de pensar se retratan los pensamientos.

»Mas para que el sagrado amor que continuamente contemplo con los ojos fijos, y que me inspira un deseo dulce, arribe al colmo de su regocijo, di con voz firme y alegre tu deseo, pues que mi contestacion está ya preparada.»

Volvime à Beatriz; y como antes de respirar me comprendiera, me sonrió de suerte que acrecentó mi anhelo.

Entonces comenzó de esta manera: «Desde que lograsteis la primera igualdad, el amor y la sabiduría son de idéntico peso en vosotros; porque en el Sol (1) que os alumbra con su brillantez y os abrasa con su ardor, son tan idénticas ambas vírtudes, que las otras semejanzas serian vanas.

»Mas la voluntad y poder en los mundanos tienen, por una causa que nos es desconocida, alas desiguales. Por lo que yo,

⁽¹⁾ Se refiere à las almas de los bienaventurados.

⁽²⁾ El alma de Cacciaguida, tatarabuelo de Dante.

⁽¹⁾ Dios.

que soy mortal, percibo aquella desigualdad en mí, y sólo de corazon os agradezco vuestra paternal acogida.

»Perla viviente que enriqueces ese joyel magnífico (1), te ruego me digas tu nombre.»

«¡Querido retoño mio, cuya espera me complacia tanto, yo he sido tu raíz!» Tal fué su respuesta.

Despues añadió: «Aquel, del que tomó origen tu raza y que más de cien años se ocupa en dar la vuelta á la cuesta primera de la montaña, fué mi hijo y bisabuelo tuyo; es necesario que tus buenos oficios aminoren su larga fatiga.

»Casta y sóbria vivió en paz Florencia en su antiguo recinto, desde el que percibe las horas tercia y nona; ni tenia argollas, ni corona ni esbeltas mujeres, ni más preciosos cinturones que las personas que los lucian; y al nacer la hija no amedrentaba á su padre, pues la hora de enlazarla y el dote no habian rebosado ann toda codicia.

»Entonces no se hallaban casas sin niños, ni habia aparecido Sardanápalo para desmostrar le que en un aposento puede practicarse.

»Montemalo (2) todavía no era vencido por vuestro Uccellatojo, que así lo superará en pujanza como en desfallecimiento.

»Vi salir à Bellincion Berti (3), con cinto de cuero y hueso, y apartarse del espejo à su mujer con la cara sin afeites.

»Ví à los de Nerli y Vecchio conformarse con una piel simple, y à sus mujeres dedicadas à hilar. ¡Oh venturosas mujeres! las cuales todas sabian el sitio de su tumba y ninguna de ellas se hallaba sola en su lecho para la Francia.

»Una velaba su cuna, y para acallar al pequeñuelo, hacia uso de aquel eco que nace del primer regocijo de los padres y las madres, en tanto que otra, tirando de la blanca cabellera de su rueca, razonaba con su familia respecto de los troyanos, de Roma y de Fiesole.

»Entonces un Cianghella ó un Lapo Salterello hubieran causado la misma novedad que hoy causarian un Cincinato ó una Cornelia.

(1) La cruz de fuego.

»Invocada á gran voz la Virgen María, permitió que naciera bajo una dulce techumbre, do se disfrutaba la más completa paz y la más leal civilización, y en vuestro bautisterio antiguo fui á un tiempo llamado cristiano y Cacciaguida.

»Eliseo y Moronto fueron mis hermanos; mi mujer era procedente del valle del Pó, y de allí se formó tu segundo nombre. Luego seguí al emperador Conrado (1), que premió mis hechos gloriosos. A su servicio milité contra la ley maligna de aquel pueblo (2), que por causa de vuestro pastor usurpó vuestros dominios.

»Aquella infame raza me libró del mundo fementido, cuyo amor tantas almas envilece, y su torcedor me proporcionó esta santa paz.»

CANTO DECIMOSEXTO

Caeciaguida habla del sitio y época de su nacimiento.—Dice lo que entonces era la ciudad de Florencia, las principales familias que en ella figuraban, y finalmente, los desordenes que vinieron de las costumbres nuevas.

AQUÍTICA nobleza de la sangre, si eres el móvil del orgullo de los hombres en esta tierra donde tan débil es nuestro espíritu, no seras ya nunca para mí objeto de veneracion, pues que allí donde no hay mezquinos deseos (en el Cielo), me glorificaba de ello!

No eres más que un ropon que acorta, de continuo, la tijera del tiempo, por más que de continuo se le estire.

Con la palabra ros, à la que rindió vasallaje Roma, la primera, y en el uso de la que sus descendientes perseveraron menos, tornarán à comenzar las mias.

Beatriz, que se hallaba un tanto apartada á la sazon, empezó á sonreir, asemejándose á la que tosió á la primera falta de esa Ginebra de que trata la Crónica (3).

⁽²⁾ Montemalo o Monte Mario, cerca de Roma; Uccellatojo, monte cercano a Florencia: significa que Roma aun no había sido vencida por Florencia; mas que pronto acabaria el esplendor de esta.

⁽³⁾ El padre de la bella Gualdrada.

⁽¹⁾ Conrado III, que murio en 1159.

⁽²⁾ Los sarracenos, que entonces devastaban la Italia.

⁽³⁾ Téngase presente el episodio de Francisca de Rimini.